



LOS FRANCESES LO DICEN ASÍ

UNA HISTORIA
CORTA DE

Josh
Lanyon

LOS FRANCESES LO DICEN ASÍ

Josh Lanyon



Título original: *The French Have a Word for It*

© Josh Lanyon

Traducción, formato y portada: Traductores Anónimos

Todos los derechos reservados

Ninguna parte de este libro o e-book puede ser reproducida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, electrónico o mecánico, incluyendo fotocopias, grabaciones, o por cualquier sistema de almacenamiento y recuperación de información sin el permiso por escrito de Just Joshin' Publications

ISBN:

Just Joshin

3053 Rancho Blvd.

Suite 116

Palmdale, CA 93551

www.joshlanyon.com

Esta es una obra de ficción. Cualquier parecido con personas vivas o muertas es pura coincidencia

AGRADECIMIENTOS:

Gracias a Julia y a Eve por toda su ayuda.

SINOPSIS:

Colin Lambert está en París para estudiar arte y escapar de su abuelo dominante y, allí se encuentra con el ex agente especial del FBI, Thomas Sullivan. Hace tiempo, Colin estuvo muy enamorado de Thomas, pero este tenía reglas acerca de involucrarse con los clientes, especialmente los menores de edad. Ahora Colin ha crecido y Thomas hace escala de una noche en París...

—¿Colin?

Algo en esa voz profunda le resultaba familiar. Colin Lambert levantó la vista de su cuaderno de dibujo, entrecerrando los ojos ante la alta silueta que bloqueaba el pálido sol parisino. Era una dorada tarde de otoño y los últimos turistas se apiñaban en los cafés y las estrechas calles de la “village” de Montmartre. El murmullo de fondo de voces francesas; los intensos aromas de la piedra cálida, el humo de los tubos de escape, de cigarrillos Gauloises y algo bueno cocinándose —siempre había algo bueno cocinándose en París—; y los colores del *viejo mundo*: los rojos de los carteles con el nombre de las calles y los toldos, los verdes de la hiedra y las contraventanas y el amarillo de las hojas en movimiento y la fruta en los puestos de comestibles... todo eso se desvaneció cuando Colin miró hacia arriba frunciendo el ceño un poco.

—Eres Colin, ¿no es así?

Gradualmente el bulto negro se convirtió en hombros anchos, caderas delgadas, pelo negro y ojos grises. Colin parpadeó, pero el espejismo no desapareció, de hecho, le sonrió con un pesaroso destello blanco.

—Probablemente no me recuerdes.

—¿*Thomas*?

¿No recordar a Thomas Sullivan? ¿Alguien se olvida de su primer amor?

Colin se puso de pie; arrojando a un lado el cuaderno de dibujo y arrastrando la silla hacia atrás sobre el cemento. Se adelantó para abrazar a Thomas y este se aferró a su espalda dándole un breve y brusco abrazo, riendo. Ambos lo estaban haciendo —y entonces surgió la timidez—. Colin recordó que ya no tenía diecisiete años y que Thomas no era...

Y nunca lo había sido.

Dio un paso atrás, Thomas le soltó, diciendo:

—No puedo creer cuánto tiempo ha pasado. Pareces... —Las palabras parecieron fallarle.

Colin sabía cómo se veía. Parecía adulto. Diez años es más o menos toda una vida en años de perrito, y él había sido como un cachorro en la época en la que Thomas le conoció.

¿Le conocía? Antes, cuando Thomas fue su guardaespaldas.

—¿Cómo estás? ¿Las cosas te van bien? —Allí estaba: la mirada. Esa aguda e inquisitiva mirada que cautivaba; los ojos de Thomas realmente *eran* grises. No era solo algo que Colin hubiera imaginado o recordado de forma incorrecta.

Ojos grises. Como las calles adoquinadas después de la lluvia o el humo o los cielos de noviembre.

Y la sonrisa de Thomas transmitía cierta... er... *je ne sais quoi* como se decía aquí. Una comprensión amistosa. Como si Thomas ya hubiera estado ahí, ya hubiera hecho eso, y no juzgara a nadie —más bien era como si ya nada lo sorprendiera—. Era casi sobrenatural lo poco que había cambiado. Tenía algunas débiles líneas alrededor de los ojos y un pequeño toque plateado en las sienes. ¿Qué tenía ahora? ¿Cuarenta y tantos?

Todas las mujeres en el café le estaban mirando. Un montón de *les hommes* también.

—Estoy bien. Estoy genial —respondió Colin.

—¿Sí?

Y Thomas le seguía estudiando. ¿Evaluando al hombre comparándolo con el muchacho? ¿O solo preguntándose qué cicatrices habían quedado de los malos tiempos?

Colin dijo con firmeza:

—Sí. Estoy aquí pintando.

—¿Pintando? —Thomas miró el bloc de dibujo, como si solo en ese momento hubiera reparado en él.

—Bueno, ahora mismo esbozando, pero sí. Pinto. ¿Qué estás haciendo aquí?

—¿Eres estudiante?

—No. Soy... me dedico a esto. —Señaló con la cabeza el cuaderno de dibujo, y luego se agachó para cubrir con la tapa el tosco esbozo de un empinado tramo de escaleras. Seguía sonando tan... no exactamente pretencioso —o no solo pretencioso—, pero traía mala suerte decir *soy pintor*.

La sonrisa de Thomas se amplió.

—Bien por ti. ¿Y te ganas la vida con ello? ¿Con tu pintura?

—Er... define ganarse la vida. —Colin se rió, y Thomas lo hizo también, pero seguía valorando y evaluando con su mirada. Bueno, era probable que los viejos hábitos tardaran en morir. Especialmente para un hombre con el tipo de trabajo de Thomas.

—¿Qué estás haciendo en París? —preguntó Colin de nuevo.

—Lo de siempre. Un trabajo.

Bien, quienquiera que fuera el cliente, tenía suerte de tener a Thomas de su lado. De todos modos, Colin prefería no pensar en el trabajo de Thomas, prefería no recordar esa época de su vida.

—¿Cuánto tiempo vas a estar aquí?

—Esta noche. Solo esta noche.

Colin fue consciente del inesperado y agudo pinchazo de decepción.

—Oh. Claro.

Continuaron mirándose el uno al otro y luego Thomas echó un vistazo a su alrededor, a las pequeñas mesas llenas de gente.

—¿Tienes tiempo para tomar algo rápido?

—Me gustaría, sí.

Tomaron vino, por supuesto. Beaujolais Nouveau. La camarera lo llevó refrigerado, con dos copas altas; los perfumados aromas de las ciruelas y las moras flotando en el vivificante aire frío otoñal. Y por el tiempo que duraba una copa de vino, podrían haber sido los únicos en el mundo.

Un aislado goterón de lluvia cayó: había nubes oscuras que se acercaban a lo lejos, hojas carmesí y doradas desparramadas por la acera, bicicletas y motos pasaban como insectos gigantes. Ninguno de los dos mostró intención alguna de irse apresuradamente.

—Esto es hermoso. Ya veo por qué te encanta —comentó Thomas, echándose hacia atrás y mirando la concurrida calle, como si solo ahora reparara en su entorno.

—Me encanta. Tienes razón. —Colin estudió las atractivas y duras facciones de Thomas. No era un rostro que dejara entrever mucho—. ¿Sigues...? ¿Qué haces hoy en día?

—Lo mismo.

Los recuerdos de Colin cambiaron de rumbo bruscamente. No era un camino por el que deseara transitar.

—Así que, ¿nunca volviste... al FBI?

—No. Seguí en el sector de la protección personal después de dejar el empleo de tu abuelo. —Thomas de repente sonrió—. No sé si te lo dije alguna vez, pero siempre estuve orgulloso de ti por haber elegido irte a la universidad en tus propios términos.

—¿Aunque te dejara sin trabajo?

—Aun así.

La sonrisa de Colin se retorció.

—Dijiste que te mantendrías en contacto.

Thomas bajó la mirada hacia el mantel de cuadros rojos y blancos.

—No debería haberlo hecho. Siempre he sido un terrible escritor de cartas.

Eso había dolido. Thomas había significado... tanto. Era probable que hubiera sabido lo mucho que significaba para él, ¿por eso se había alejado de la vida de Colin? ¿Ni siquiera podía enviar una tarjeta de Navidad de vez en cuando? Sí, eso había dolido. Incluso había derramado unas cuantas —vergonzosas— lágrimas por ello.

—Decir adiós fue bastante duro —admitió Thomas—. Supongo que traté de hacer que fuera más fácil para los dos.

—Por supuesto.

Thomas parecía incómodo, así que Colin cambió de tema. No quería asustarlo. Tal como estaban las cosas, tenían poco tiempo.

—Entonces, ¿cuál es el trabajo? ¿Puedes hablar de ello?

—En realidad, no —dijo Thomas—. Cosas rutinarias. Nada dramático.

—Sí —dijo Colin secamente—, probablemente eso fue lo que dijiste sobre mi caso a tus colegas del Departamento. Resulta bastante dramático cuando se está al otro lado.

—Tu situación era diferente. —Por un instante pudo vislumbrar al Thomas Sullivan profesional. A pesar de la sonrisa fácil, la mirada franca, podía ser muy brusco y duro. Era el hombre que le había salvado la vida, casi sin ayuda de nadie, al secuestrado nieta de catorce años de uno de los hombres más ricos de América. Hubo una gran atención mediática sobre el Agente Especial Sullivan después de ese audaz rescate. No debió ser fácil para alguien que valoraba tanto su privacidad como Thomas.

Con aire ausente, Colin movía la copa dentro y fuera del anillo de humedad que se había formado en el mantel. Realmente no quería pensar en eso. No quería recordar las noventa y seis horas que había estado secuestrado y que John Riedel, un ex oficial de seguridad descontento de una de las empresas embotelladoras de Mason Lambert, había pedido un rescate por él.

No fue un gran trauma para él. Bueno, era probable que en realidad lo fuera, pero no le atormentaba día y noche. Lo había superado, había seguido adelante e incluso había conseguido olvidar buena parte de ello. Aprendió a confiar en la gente de nuevo y —aún más difícil— aprendió a confiar en sí mismo.

Al verlo, Thomas dijo de repente:

—¿Estás seguro de que todo está bien? Al saludarme me abrazaste como si yo fuera la caballería y tú hubieras disparado la última bala.

Colin se rió, levantando la mirada.

—Te abracé como si fueras la primera cara conocida que había visto en nueve semanas. No soy tan elocuente como pensaba. A veces me siento solo. —Lo pensó y admitió—: O tal vez, simplemente me emocionara un poco al verte de nuevo. Casi había renunciado a hacerlo.

No quería que saliera como una acusación, pero Thomas debió notar algo. Le dio otra de esas desiguales sonrisas y dijo:

—Supongo que de alguna manera me idealizaste cuando eras niño.

—No era eso exactamente. Bueno, supongo que lo era, pero no solo era eso. —Colin respiró hondo—. Um. No estoy seguro de que lo hayas notado alguna vez, pero soy... gay.

Thomas soltó repentinamente una suave exhalación, como si hubiera estado conteniendo la respiración.

—Se... se me ocurrió un par de veces. —Su tono era lo suficientemente grave, pero estaba luchando por mantener la cara seria.

—¿Era tan obvio? ¿A los catorce años?

—No, a los catorce años, no. A los dieciséis, más o menos. A los diecisiete, sí.

—Me las arreglé para encontrar otra manera de defraudar al Abuelo.

La diversión se desvaneció. Thomas dijo vagamente:

—Probablemente no sea tan malo.

—No. Probablemente no. —Colin terminó el último sorbo de su vino. Había hecho que durara tanto tiempo como pudo, sabiendo que Thomas diría adiós en cuanto tomara el último trago. Tendría cosas que hacer y lugares adonde ir—. Yo lo sabía desde que era pequeño. Y mientras crecía, me era imposible obviar que no encontraba a las chicas muy interesantes. No de la forma en que mis amigos lo hacían. Intenté con todas mis fuerzas convencerme a mí mismo de hacerlo. Pero entonces llegaste tú. Y me di cuenta que no era algo que fuera a desaparecer. —Él añadió rápidamente—: Espero que no te ofenda que diga esto.

Las oscuras cejas de Thomas se elevaron.

—¿Por qué iba a ofenderme?

—Bueno, acabo de decir...

Al encontrarse con la mirada firme y sonriente de Thomas, Colin cayó en la cuenta. El calor inundó su rostro.

—Oh.

La sonrisa de Thomas se amplió.

—Soy un idiota.

Thomas se rió.

—No.

—Sí. Lo soy. —Negó con la cabeza—. Dios. Ahora sí que estoy avergonzado.

—¿Por qué? No es que fuéramos a tener esa conversación alguna vez.

—No sé por qué no. Hablábamos de todo. —Sobre todo al principio. Especialmente después de que hubiera sido devuelto al nido: el polluelo que había sido mordido por el gato. Colin había estado conmocionado y aterrorizado. Durante un tiempo había sido difícil dejar que Thomas se alejara de su vista. Este había representado la protección y la seguridad y, a los catorce años, Colin se había aferrado firmemente a él. Thomas lo había aceptado de buena gana.

Tal vez entendía que ser capturado le había hecho algo a Colin. Su fe en la gente había sido destrozada, había comprendido lo delgado que era el barniz de la civilización, lo frágil que era su protección contra aquellos a los que su abuelo se refería como *“los bárbaros a las puertas”*¹.

Algo así no se superaba de inmediato, pero lo hacías. Si trabajabas en ello.

Colin se echó hacia atrás en su silla.

—Es una lástima que no habláramos al respecto. Podría haber hecho que las cosas fueran más fáciles para mí. Conocer a un adulto gay, a quien podría haber preguntado...

—De ninguna manera íbamos a tener esa discusión en algún momento.

Colin estaba un poco sorprendido por su vehemencia.

—¿Perdona?

—Nada. —Thomas se levantó—. ¿Tienes tiempo para otra copa?

Colin asintió con entusiasmo y Thomas desapareció en el interior del bistro². La camarera apareció poco después con otra ronda. De modo que esa era la buena noticia. Thomas no tenía prisa en decir adiós.

¹ *The barbarians outside the gate* en el original. Esta es una referencia al Antiguo Imperio Romano, que consideraba bárbaro o enemigo a todo aquel que habitaba más allá de las puertas de sus ciudades.

² Bistro, bistrot: palabra francesa para restaurante al estilo de las casas de comida francesas, donde también se sirven bebidas.

Estaba perplejo ante su extraña actitud de no querer hablar sobre su homosexualidad con él, pero entonces Thomas por fin regresó y se sentó. Sonrió y Colin parpadeó ante la brillantez de su sonrisa.

—Así que, ¿por qué Francia? ¿No podías pintar en los queridos Estados Unidos de América?

—Claro. Pero París... bueno, Montmartre. Monet, Picasso, Van Gogh —añadió Colin prosaicamente—, además hay más de tres mil millas entre el Abuelo y yo.

—Las cosas no están muy bien entre vosotros, ¿no?

Colin se encogió de hombros.

—Solo necesitaba un poco de espacio.

—Tres mil millas deberían bastar. —Thomas bebió un sorbo de vino—. ¿Cuál fue el problema? ¿No quería que te convirtieras en artista?

—Ojalá fuera así de simple. No. No. Él siempre me apoyó. Se encargó de que tuviera tutores, escogió la mejor escuela de arte que pudo encontrar y comenzó a planear mi primera exposición.

Thomas no dijo nada.

De mala gana, Colin dijo:

—Independientemente de cómo lo explique siempre parece que soy un maldito ingrato.

—¿Y?

—Le dije que quería estudiar en Francia. Que solo quería... intentarlo, hacerlo por mí mismo. Sin su dinero o el nombre de la familia que me allanara el camino. Quería hacerlo en serio.

Thomas asintió evasivamente.

—Y eso le dolió. Sabía que lo haría, sin importar lo que dijera. Entonces trajo a colación el secuestro y afirmó que no era seguro. Que nunca sería seguro para mí, porque siempre sería un objetivo. —Hizo una mueca—. Me enfadé.

—No me sorprende.

—Y le dije que correría el riesgo. Y entonces él se enfadó y dijo que dado que quería hacerlo todo por mi cuenta, podía probar a mantenerme a mí mismo, como tenían que hacerlo todos aquellos que no habían tenido la suerte de nacer en una familia como la mía.

—¡Vaya! —dijo Thomas. Eso era algo que Colin había olvidado hasta ese momento. Thomas nunca maldecía. Nunca. Rara vez siquiera levantaba la voz. Ni siquiera cuando estaba negociando con un psicópata delirante que amenazaba con hacer un agujero en un niño aterrorizado.

Colin sonrió con tristeza mientras decía:

—De alguna manera empeoró a partir de ahí. Le dije que me vendría bien y respondió que ya se vería si aguantaba dos semanas.

—Y has aguantado nueve años y sigue la cuenta. ¿Le has llamado desde que llegaste?

—Nop. Y no pienso hacerlo.

—Es probable que en este momento esté muy preocupado.

Colin sofocó un destello de irritación.

—Le envió una postal cada semana. Conociendo al abuelo, probablemente tenga el teléfono intervenido para rastrearme si llamo. Lo que significa que estaría aquí en el siguiente vuelo tratando de chantajearme para que volviera a casa.

—¿Le envías una postal cada semana? —Thomas parecía sorprendido.

—Sí. ¿Por qué? —añadió Colin— Las envió por correo desde diferentes partes de París.

La boca de Thomas se crispó como si estuviera tratando de mantener la cara seria.

—Astuto.

Colin se echó a reír.

—No. Sé que no sería difícil encontrarme si enviara a uno de sus secuaces detrás de mí. No estoy tratando de esconderme de él, solo de darme un poco de espacio para respirar. Tengo casi treinta, ¿sabes?

—Acabas de cumplir veintisiete años.

—Me halaga que lo recuerdes. —Demasiado, lo que era sin duda un signo de lo bobo que era. Bueno, el que es bobo, morirá siéndolo. Dijo sinceramente—: Dios, ojalá te quedaras más tiempo. Es tan maravilloso verte.

Por supuesto, eso podría ser solo de su parte.

Pero Thomas le estaba mirando de manera fija y reflexiva. Dijo lentamente:

—¿Tienes planes para esta noche? ¿Tal vez podríamos ir a cenar?

—No, no tengo planes. De hecho, podría cocinar, si quieres. —Sabe Dios lo que cocinaría. Tendría que coger el dinero que había reservado para materiales de arte para comprar los alimentos adecuados para tal fin, pero valdría la pena por conseguir que Thomas volviera a casa con él, porque... bueno, nunca se sabía. Thomas se había quedado charlando con él toda la tarde y había algo en la forma en que su mirada sostenía la de Colin durante unos pocos segundos cada vez que sus ojos se encontraban...

Colin ya no tenía diecisiete años y tampoco era virgen, y Thomas Sullivan apareciendo en París por una noche era una fantasía hecha realidad.

Pero Thomas dijo:

—¿Qué tal si te llevo a cenar? Puedes escoger el lugar —uno de tus favoritos— y haremos que sea una velada completa.

—¿En serio?

Thomas asintió.

—Yo estaría... ¡sí! Eso sería genial. —Casi demasiado bueno para creerlo.

—Tengo algunas cosas que atender. ¿Cuál es tu dirección? Te recogeré a las siete.

Colin le dio la dirección y Thomas la anotó en una libreta. Luego retiró la silla hacia atrás, el metal raspando el cemento, y se levantó.

—Estoy contento de haberte encontrado, Col. Te veré esta noche.

Col. El viejo apodo. Qué montón de recuerdos desencadenó —no todos buenos—. No quería que Thomas lo confundiera con el chico que había sido.

Colin no estaba seguro de lo que respondió. Observó a Thomas desaparecer por la calle empedrada, con ese paso largo y relajado, parecía sentirse como en casa en cualquier parte del mundo.

Cuando Thomas se perdió de vista, recogió sus cosas y caminó en dirección contraria, hacia la cuesta.

Colin vivía en un bloque de apartamentos y tiendas del siglo XIX. Su piso en particular estaba encima de una panadería y todas las mañanas despertaba hambriento con el cálido aroma del pan horneándose y de los croissants de mantequilla que vagaba a través de las tablas del suelo. Se sentía contento, aunque un poco solo. Claro que era preocupante ser pobre, no estar seguro de poder pagar el alquiler y tener que elegir entre comida y pintura, pero se sentía feliz de todos modos. Feliz de una manera que nunca había sentido antes.

Tenía algo que ver con la búsqueda del sueño de su vida. Tenía algo que ver con ser por fin independiente —y estar sobreviviendo—. Y tenía algo que ver con la forma en que la luz de la mañana entraba a través de las viejas ventanas y la forma en que la luna plateada brillaba sobre los tejados de pizarra gris. Tenía que ver con las hojas susurrantes de los castaños, las viejas canciones parisinas y la risa ahogada de los cafés de debajo.

Todavía todo era nuevo, emocionante y vibrante. Tal vez eso cambiara algún día. Tal vez llegara el día en que no notara la luz o los colores o las formas y tonos de esta antigua y hermosa ciudad extranjera. Cuando estuviera cansado de tener hambre y estar solo. Pero por ahora cada día era una aventura.

Y esta noche le parecía la aventura más grande de todas. Thomas Sullivan estaba en París y esta noche iban a cenar juntos. Y, tal vez, si Colin tenía suerte...

Revisó su escaso armario en busca de algo presentable que ponerse. Algo que no estuviera manchado de pintura o desgarrado. No había mucho donde elegir entre los pantalones vaqueros, camisetas y camisas de franela. No había venido a París a socializar. Encontró un par limpio de Levis y luego descubrió un suéter de suave lana de cordero de un color marfil alimonado que había olvidado. Quedaba bien con sus ojos azules y su pelo oscuro. Hablando de eso: necesitaba un afeitado y un corte de pelo.

No podía hacer mucho con el pelo; siempre parecía una fregona, pero se afeitó y se estudió de cerca. Estaba presentable. Más importante aún, parecía de su edad. Así que tenía la esperanza de que no hubiera ningún problema en ese aspecto. Suponiendo que la mente de Thomas girara en el mismo sentido que la suya.

Pensando otra vez en la forma en que la mirada de Thomas había sostenido la suya, la forma en la que Thomas le había observado tan de cerca, Colin estaba bastante seguro de no equivocarse al creer que había algo de interés ahí.

A las siete en punto, exactamente, Thomas llamó a su puerta y el corazón de Colin saltó hasta su garganta con algo muy parecido al miedo escénico.

Estaba sonriendo ante la ridiculez de ese pensamiento cuando abrió la puerta y Thomas le devolvió la sonrisa.

—Hey. —Thomas llevaba vaqueros oscuros, un jersey de cuello alto azul marino y una chaqueta de cuero. Parecía excesivamente sexy incluso en esta ciudad que valoraba tanto la elegancia y sofisticación.

—Hola. —Colin retrocedió y Thomas entró en su pequeño y ordenado piso—. ¿Tuviste algún problema para encontrarlo?

—Nop. Soy muy bueno encontrando cosas —respondió Thomas distraídamente, mirando a su alrededor, echando un vistazo. No había mucho que ver. Una “cocina americana”, con un fogón de dos quemadores, un frigorífico y un horno tostador. Unas pocas piezas esenciales de mobiliario: un *armoire* maltratado, una pequeña mesa y sillas, y montones y montones de lienzos y parafernalia de arte. En el dormitorio del tamaño de un armario había una cama de latón con las sábanas recién lavadas.

—Es agradable.

—Gracias. Me gusta.

—Huele bien.

Colin asintió.

—Deberías olerlo por la mañana.

Y tal vez Thomas lo hiciera, dada la forma en que estaba sonriendo cuando sus miradas se encontraron una vez más.

Este era uno de los momentos favoritos del día de Colin. El crepúsculo se teñía de unos ricos tonos añil y púrpura y las sombras se alargaban en las sinuosas calles de abajo. Las primeras estrellas brillaban sobre los tejados. A esta hora el distrito 18 se parecía mucho a lo que aparecía en las pinturas de Van Gogh.

Olía muy bien también: un toque de humo de leña, un rastro de lluvia, trementina y pintura, todo ello mezclado con el aroma embriagador de *café crème* vagando desde la planta baja.

Los ojos de Thomas parecían prometer considerar la posibilidad, pero lo único que dijo fue:

—Es un barrio pintoresco y pequeño. No pude aparcar en ningún lugar cercano.

—No, es una plaza peatonal. —Artística y residencial. Había varios cafés y a unos cinco minutos a pie estaba la parada de metro. Muchos ancianos se quejaban de que Montmartre había cambiado hasta hacerse irreconocible, pero en opinión de Colin todavía daba la sensación de ser un pequeño pueblo. Muy, muy diferente de cualquier lugar de los Estados. Montmartre también era un distrito de discotecas, pero Colin no las frecuentaba.

Thomas se acercó a uno de los montones de lienzos pintados.

—Has estado muy ocupado.

—Sí. A eso es a lo que vine. —Sus nervios se tensaron. Sabía que no era malo. Había vendido un par de cosas —pero todo el mundo vendía pinturas en París— y lo que realmente le importaba era lo que Thomas pensara de su trabajo. Tal vez eso fuera una tontería porque era probable que Thomas fuera el primero en admitir que no era un experto en arte.

Cogió un lienzo; un pequeño estudio de *Cimetière Saint-Vincent*.

Al no decir este ni una palabra, Colin dijo con timidez:

—Estoy tratando de hacer con óleo y resinas alquídicas lo que Brassai hizo con sus fotografías. Ya sabes, capturar ese estado de ánimo, ese sentimiento, esa textura emocional de París por la noche; la luz de la luna brillando en las calles mojadas, los pasajes secretos y jardines, la sombra de las rejas de hierro contra las paredes de ladrillo.

Thomas dijo lentamente:

—Yo no sé quién es Brassai, pero estos son... excelentes. — Levantó la mirada, serio—. Realmente excelentes.

Colin se rió, se rascó la nariz en un gesto nervioso que mantenía desde la infancia.

—Gracias. Pero no lo son. Aunque voy mejorando.

—Nunca he visto nada así. ¿Solo pintas en blanco y negro? ¿Qué tienes en contra del color? —Thomas le estaba levantando el ánimo, con su expresión halagadoramente impresionada mientras soltaba un óleo y cogía otro, este de la Place du Tertre

—Nada. Hay muchas variaciones en el blanco y negro, ¿sabes? Además, también uso marrones, grises y azules. Quiero capturar el sabor y el olor de París, ¿sabes?

—¿Y crees que huele a azul? —Thomas estaba examinando las delicadas líneas y detalles de la escalera y el funicular.

—En el invierno. Marrón en el otoño. —A Colin le encantaban sus marrones: sombra tostada, siena natural, siena tostado, canela, nuez moscada, castaño, bistre³, beige, rojizo...

—Verde en la primavera. —Thomas levantó la vista, sus ojos burlones.

—Y en verano. —A veces —raras veces— utilizaba verde en su trabajo, matices verdes muy oscuros. Los verdes del musgo que crece en la base de las fuentes agrietadas o de las hiedras trepadoras, o el más profundo de los bosques.

Thomas había cogido otra pintura. Dijo lentamente:

—Y blanco y negro por la noche.

—Sí —dijo Colin, complacido —probablemente de manera desproporcionada— por que Thomas comprendiera eso. La luz de las estrellas y el agua negra; las calles vacías y los blancos troncos de los árboles; los edificios antiguos y las figuras indefinidas.

—Parece que hay una gran cantidad de lugares solitarios y peligrosos —remarcó Thomas.

³ Bistre: Bistre (del francés bistre) o laca parda es el nombre de un colorante pardo ocráceo utilizado en pintura artística desde hace siglos, básicamente un tipo de marrón de hollín.

Colin mantuvo una expresión neutra, pero le supuso un gran esfuerzo —sintió un instante de tensión ante la sugerencia de que no estaba seguro, de que tenía que ser más cuidadoso, de que no podía permitirse el lujo de correr riesgos—. Como si no lo supiera ya. Como si necesitara un recordatorio. Pero él no iba —se negaba— a vivir su vida con miedo.

—Soy cuidadoso. —Su voz salió más apagada de lo que hubiera pretendido.

Thomas dijo:

—Bien. Me alegro.

Nunca se le había ocurrido a Colin preguntarse, si se conocieran el Thomas adulto y él, tendrían algo en común. Puede que ni siquiera se llevaran bien. La idea lo entristeció.

La mirada de Thomas se volvió inquisitiva.

—¿Ocurre algo?

Colin negó con la cabeza.

Thomas dejó la pintura a un lado.

—¿Tienes hambre? ¿Decidiste dónde vamos a ir?

Colin se sacudió el extraño destello de melancolía.

—Lo hice. Chez Eugene. Está cerca de la Basílica de Sacré Coeur.

—Cerca del lugar donde todos los artistas se reúnen.

—Así es.

—Place de Tertre.

—Place du Tertre, sí.

—Estuve allí hoy temprano. —Thomas parecía estar a punto de decir algo más. Cambió de opinión—. ¿Vamos a ir caminando o conduciendo?

—Déjame que coja una chaqueta y podemos ir andando. ¿A menos que prefieras algún lugar más cerca?

—La noche está fresca, perfecta para dar un paseo.

Colin cogió su chaqueta, bajaron las escaleras y salieron a la fría noche de noviembre. Las calles empedradas brillaban a la luz de las farolas. Había llovido, pero la lluvia había pasado. No había ni una nube en el cielo nocturno. Las estrellas brillaban en lo alto.

Caminaron y hablaron, continuando por la sinuosa calle a Rue Lepic y luego giraron a la derecha hacia la intersección de la Rue des Saules y Rue St- Rustique. Colin señaló varios lugares de interés. Interesantes para él, al menos. Esperaba que fueran interesantes para Thomas. Si no lo eran, Thomas era bueno ocultando su aburrimiento.

—El Auberge de la Bonne Franquette era una de las guaridas favoritas de los impresionistas —dijo Colin, señalando el blanco restaurante, mientras lo pasaban—. Toulouse-Lautrec, Utrillo, muchos artistas sin dinero vivían y trabajaban por aquí —hay un museo dedicado a Dalí allá arriba—.

Thomas sonrió, su cara eran enigmáticos planos y sombras a la luz de la farola.

—Puedo ver por qué esto es La Meca para un artista.

Siguieron por la Rue Poulbot de Place du Calvaire y, por último, giraron a la derecha hacia la Place du Tertre. La plaza estaba bien iluminada y todavía llena de artistas y caballetes, los cafés estaban inundados de música y luces.

Encontraron Chez Eugene sin problemas, la famosa *brasserie*⁴ a la sombra de la magnífica Basilique du Sacré Coeur. Fuera había mesas con sombrillas rojas dispuestas con mucho encanto entre estufas y románticas lámparas de globo dentro de una cerca blanca.

⁴ Cervecería.

El interior era cálido y alegre, y estaba atestado. Había confeti en el suelo y lanternas chinas colgaban del techo. Había caballos de madera y un órgano musical. Los camareros vestían como verdaderos golfillos de las calles parisinas del siglo pasado, con gorras, tirantes y pañuelos en el cuello.

—¿Qué piensas? —preguntó Colin.

No podía leer la sonrisa de Thomas en absoluto. Parecía casi... cariñosa.

—Me gusta.

—Vale, sí, hay caballitos de tiovivo, pero la comida es genial —dijo Colin—. Ya lo verás.

Thomas se echó a reír, pero la comida era excelente —así como el vino— y la compañía era aún mejor. Colin tomó ravioli de langosta y Thomas ternera, probaron de la comida del otro, hablaron y bebieron más vino, y se sonrieron con la mirada mutuamente.

Thomas le tomó el pelo a Colin por ser un artista muerto de hambre y Colin bromeó diciendo que Thomas era un vaquero; Thomas era originario de Wyoming y los periódicos habían dado gran importancia a que procedía del “oeste” después del audaz rescate del único heredero de Mason Lambert. El hecho de que Colin pudiera bromear sobre eso, con toda probabilidad era una buena señal, aunque seguramente Thomas ni siquiera se diera cuenta.

Habían terminado demasiado pronto su melón y sorbete, vaciado sus copas, y comenzado el largo descenso por las escaleras de la loma.

El vaho de sus alientos flotaba en el aire de la noche. Thomas puso el brazo alrededor de los hombros de Colin y el corazón de este se aceleró con feliz anticipación. Estaba bastante seguro de que Thomas y él iban a pasar la noche juntos, la idea hizo que su cabeza se sintiera más ligera que el vino que había consumido.

De vuelta a la casa de Colin, la falta de mobiliario se hizo evidente cuando subieron con sus *espressos* y se sentaron a la mesita en las incómodas sillas de madera. Colin no tenía sofá y la seducción no era precisamente fácil en el rincón de la cocina, a pesar de que él estaba dispuesto —y que Thomas no había mostrado ninguna señal de querer echarse atrás—.

—¿Estás... saliendo con alguien? —preguntó Colin con vacilación.

Thomas bebió un sorbo de café *espresso*. Dijo con tono mesurado:

—No. Estuve viendo a alguien durante un tiempo, pero resultó que los dos estábamos casados con nuestros trabajos.

—¿No puedes tener ambas cosas?

Colin inclinó la cabeza, y Thomas dijo lentamente:

—En ese momento creí que no.

La expresión en sus ojos provocó que la cara de Colin se sonrojara.

Hubo un estrépito contra el muro que dividía su apartamento del de al lado. Saltó. Incluso Thomas se tensó ante ese estruendo, inmediatamente listo por si había algún problema.

—¿Qué fue eso?

—Oh, no —gimió Colin.

—¿Qué?

—Los Sackos están haciéndolo otra vez.

—¿Los qué?

—Mis vecinos.

—¿Se están tirando sillas el uno al otro?

Las sillas eran lo de menos; algo que sonaba muy parecido a una mesa de cocina golpeó la pared, seguido por el ruido de rotura de cristales y luego el de voces exaltadas.

Los ojos de Thomas se ampliaron.

—¿Qué diablos?

Colin se echó a reír.

—Creo que tal vez sea una cosa francesa.

—¿*Le Homicide*?

—No van a matarse. Por lo menos, no lo creo. Hasta ahora nunca lo han hecho. Es un poco como... ¿conoces esas parodias *beatnik*⁵ de chicos franceses con camisetas de rayas, boinas y cigarrillos colgando de sus bocas? Y que siempre se lanzan sobre alguna sórdida *mademoiselle*. Como en *Una cara con ángel*.

Thomas parpadeó.

—No te sigo.

—Una cara con ángel. Es una película de Audrey Hepburn. Ella viene a París... bueno, en fin. Hay una escena donde ella hace uno de esos bailes franceses beatnik...

Thomas parecía desconcertado, pero estaba sonriendo.

—Ya veo. Tus vecinos son del tipo animado.

—Er, sí.

Más cristales rompiéndose y haciéndose pedazos.

—Deben estar en un condenado comedor de porcelana.

Colin gimió y luego se echó a reír de nuevo.

Thomas le preguntó suavemente:

—¿Cuánto tiempo puede durar esto?

—Horas —admitió Colin.

Ahora fue Thomas el que empezó a reír.

⁵ Es un término inventado en 1958 por el periodista estadounidense Herb Caen con el fin de parodiar y referirse despectivamente a la *Generación Beat*, movimiento literario contracultural, anti materialista, anticapitalista y antiautoritario iniciado a comienzos de la década del 50.

—¿Sí? Bueno, ¿por qué no vamos a mi hotel?

Colin parecía esperanzado.

—¿Sí?

—Oh, sí.

Thomas hizo el viaje en un tiempo récord. Se hospedaba en el Hotel Lutetia en el corazón de uno de los distritos más artísticos y más de moda de París, Saint-Germain-des-Prés. El hotel, de arquitectura Art Deco, tenía muebles de época, candelabros de cristal y un chef con una estrella Michelin, seductoras notas de música jazz giraban a la deriva a través del muy popular bar —nada de lo cual era ni remotamente del interés de Colin—.

Todavía estaban desnudándose cuando cayeron en la cama...

—Colin. Col. Despierta. Estás teniendo una pesadilla.

Recuperó de golpe la conciencia. Estaba en una habitación oscura —una habitación extraña— y en una cama extraña, y no estaba solo, pero la voz era tranquilizadora y familiar. Y por una vez había sobrevivido al final del sueño. La alegría trajo lágrimas inesperadas a sus ojos, ahuyentando las últimas sombras de la pesadilla.

—Dios —dijo con voz entrecortada—. ¿Thomas?

—Aquí estoy.

—Lo siento.

—No es necesario. ¿Estás bien? —La voz de Thomas era suave e íntima.

—Sí. Han pasado años desde que he...

—Es probable que sea yo —dijo Thomas con gravedad, deslizando el brazo por debajo de los hombros de Colin, acercándole—, trayendo a la memoria un montón de recuerdos subconscientes, despertando cosas que sería mejor dejar dormir.

Probablemente eso era cierto, pero no es lo que Colin quería pensar.

—Nah. Seguramente fueron los ravioli de langosta. —Colocó su cabeza en el hombro de Thomas, acomodándose de nuevo. Sonrió ligeramente—. No puedo creer que realmente estés aquí. No sabes...

¡Cuántas veces he soñado con esto! No era tan tonto como para decir eso, sin embargo. ¡Qué digno ejemplo de cómo espantar a un tipo!

El aliento de Thomas era cálido contra el rostro de Colin. Olía cálido y somnoliento, y a un aroma amaderado que a Colin le resultaba vagamente familiar de su niñez. Thomas todavía debía usar la misma loción para después del afeitado. Sus dedos se enroscaron distraídamente en el pelo húmedo por el sudor de Colin.

—¿Recuerdas mucho al respecto?

Colin estaba seguro de saber a qué se refería Thomas.

Tragó saliva y dijo:

—Me acuerdo de todo. Cuando me lo permito. Pero es mejor no pensar en ello.

O estaría demasiado aterrorizado para salir de casa —como lo había estado durante tres años—.

Podía sentir a Thomas pensando, considerando y descartando comentarios. Al final, solo besó la frente de Colin, acariciándole con sus labios cálidos. Colin se revolvió y buscó la boca de Thomas con la suya.

Cuando sus labios se separaron, susurró:

—Me gustaría que te quedaras más tiempo.

Thomas dijo en voz baja:

—Yo también desearía hacerlo.

Colin apoyó la cabeza en el hombro de Thomas, respirando tranquilamente.

—¿Thomas?

—¿Mm?

—¿Qué quisiste decir ayer por la tarde, cuando comentaste que no había manera de que alguna vez fuéramos a tener esa discusión?

Podía sentir a Thomas tratando de concentrarse.

—¿Qué discusión?

—Sobre tu homosexualidad.

—Oh.

Silencio.

Colin pensó que Thomas no respondería, pero luego dijo:

—Debido a que a los diecisiete años eras un encantador y atractivo joven, y podría haber sido difícil mantener una distancia de seguridad si hubieras sabido...

Colin sonrió.

—Sin duda habría hecho lo posible para acortar esa distancia.

Thomas se rió adormilado.

—Y no estoy seguro de que no te lo hubiera permitido.

Colin se despertó con el sonido de la lluvia contra la ventana y una furiosa sed. En silencio, con cuidado, se apartó del tibio abrazo de Thomas, saliendo de la cama y dirigiéndose al cuarto de baño.

Miró de nuevo a la cama donde Thomas seguía durmiendo pacíficamente. Todavía tenían una hora antes de que tuviera que levantarse y empezar a prepararse para su vuelo. Colin quería que cada minuto de esa hora contara; Thomas siempre podía dormir en el avión, y si todo lo que Colin iba a tener eran recuerdos, quería tantos como fuera posible.

En el baño, hizo sus necesidades, llenó un vaso con agua tibia del grifo y lo bebió de un trago. Volvió a llenar el vaso y se lo tragó también.

Dirigiéndose de vuelta a la cama miró el teléfono en la mesita de noche. La luz roja estaba parpadeando para indicar que Thomas tenía un mensaje. Su mirada se centró en el cuaderno con el membrete del hotel colocado allí para comodidad de los huéspedes. Había un número de teléfono escrito a mano por Thomas.

Era un número que Colin conocía muy bien. En otros tiempos había sido su propietario —o más bien, su abuelo—. El número del teléfono privado de Mason Lambert.

La fuerza pareció abandonar su cuerpo. Puso una mano en la mesita de noche para evitar sentarse en el borde de la cama. Se sentía... como si hubiera sido atropellado por un coche. Débil y tembloroso, aturdido.

¿Había una explicación razonable para que Thomas tuviera ese número?

Claro, todo tipo de razones. Y ninguna de ellas era válida. Colin sabía con absoluta certeza que Thomas Sullivan había venido tras él.

Y le encontró.

Y le jodió.

La traición era tan grande que no pareció poder pensar más allá durante unos segundos. Recordó su conversación del día antes —la cuidadosa manera evaluadora con la que Thomas lo había estudiado—.

—Entonces, ¿cuál es el trabajo? ¿Puedes hablar de ello?

—En realidad no. Cosas de rutina. Nada dramático.

—Hijo de puta —susurró, mientras levantaba la cabeza para mirar a la cama. Thomas seguía durmiendo, sin problemas, sin ser consciente, una pequeña y satisfecha sonrisa en su boca firme.

Colin se enderezó. Por un breve momento consideró despertar a Thomas y decirle lo que pensaba de él. Decirle cómo se había sentido fascinado por él todos estos años, cómo le había admirado, adorado, quizás —amado, sin duda—. El amor de un niño, es cierto, su primer amor. No es lo que... podría haber sido si hubieran tenido tiempo. Si Thomas no le hubiera mentido todo el tiempo.

Pero ¿para qué?

¿Qué podía decir Thomas que cambiara las cosas?

Nada.

Y la conversación iba a ser aún más humillante que esto —y esto ya era bastante humillante—. El hecho de que no se le hubiera ocurrido a Colin, ni siquiera una vez, que las probabilidades de que Thomas Sullivan hubiera venido a buscarlo a París después de todos estos años eran astronómicas. Mucho más que la posibilidad de que fuera una coincidencia romántica. Solo acababa de mostrar cuán tonto... cuán... *quel imbécile stupide et crédule*. Como decían por aquí. O gritaban cuando se arrojaban sillas y platos.

Tan silencioso como un ladrón de guante blanco, Colin encontró su ropa y se vistió, y cogió su impermeable. Pero cuando iba a salir, se le ocurrió una idea.

Regresó de puntillas, recogió el cuaderno y lo puso sobre la almohada junto a Thomas.

Mejor que Thomas supiera que su treta había terminado. Había sido descubierto —y Mason Lambert con él—.

Pero extrañamente Colin sintió muy poca ira hacia su abuelo. Al menos esa traición había sido motivada por el amor y la preocupación. Era irritante, pero sin embargo sincero. Su abuelo no podía creer que Colin estuviera a salvo, saludable y feliz sin pruebas —y un control—. Pero eso tenía más que ver con la falta de confianza en el mundo que en Colin.

Así que Colin colocó el cuaderno con el membrete del hotel con el revelador número de teléfono en la aún caliente huella de la almohada, y luego salió de la habitación del hotel, cerrando con cuidado, sin hacer ruido.

La lluvia caía formando una bruma plateada cuando llegó a la acera.

Empezó a caminar.

A las once en punto, Colin estaba dibujando en la Plaza de Jehan-Rictus. Su intensa concentración fue perturbada momentáneamente por la visión de un distante jet plateado que trazaba su trayectoria en el cielo pizarroso por encima del famoso *Muro de los Te quiero*⁶.

Probablemente no era el avión de Thomas, aunque —miró su reloj— era a esa hora más o menos.

La justificada ira que le había impulsado todo el camino de regreso a Montmartre y a su apartamento, y luego de nuevo a trabajar en el pequeño parque detrás de la Place des Abbesses, le agotó. De repente fue consciente de que tenía frío, que estaba empezando a llover y que no volvería a ver a Thomas Sullivan de nuevo.

Bajó su cuaderno de dibujo y se quedó mirando el largo rectángulo, vetado de lluvia, de 612 azulejos de lava esmaltada azul marino con la inscripción '*Te quiero*' en más de trescientas lenguas.

Je t'aime. Así lo decían los franceses. Existían un montón de maneras de decirlo. Un montón de maneras de no decirlo.

Tardíamente, se le ocurrió a Colin que había sido una muy mala idea elegir ese lugar para trabajar ese día. No era un buen día para trabajar en el exterior, en cualquier caso. Decidió ir a comprar una botella de vino caliente con azúcar y especias, dirigirse a casa y emborracharse.

⁶ *Le mur de Je t'aime* es un monumento dedicado al amor erigido en el jardín del Square Jehan Rictus, en la Place des Abbesses, en el barrio de Montmartre de París. Esta obra imaginada por Frédéric Baron y Claire Kito se ha convertido en un lugar donde se dan cita enamorados de todo el mundo.

En vez de eso, continuó sentado y mirando fijamente la reluciente pared. Su rostro estaba mojado, pero sin duda era lluvia, porque era demasiado joven para sentarse a llorar en un banco del parque como uno de los ancianos refugiados que venían aquí para mirar este mensaje de esperanza, para asegurarse a sí mismos que en realidad el mundo no era un lugar tan malo.

Al menos tenía la plaza para él solo. No muchas personas visitaban el parque con este tipo de clima. El lugar no era gran cosa en noviembre. La mayoría de los árboles habían perdido sus hojas con las precipitaciones de la noche.

El invierno estaba a la vuelta de la esquina.

Realmente necesitaba recomponerse lo suficiente como para llegar a casa.

El roce de suelas de zapatos en el pavimento. Pasos sobre las hojas mojadas tras de sí. Colin miró a su alrededor por instinto —nunca había desaparecido esa intranquila conciencia de quién le rodeaba— y se puso rígido.

Thomas, con la cara enrojecida por el frío y, posiblemente, por algo más, venía por el paseo. Sus ojos eran oscuros e ilegibles. Al parecer, no había estado bromeando acerca de ser bueno buscando cosas.

Colin se levantó. Se dijo que la agitación creciente que sentía era por la ira y la sorpresa, pero había una porción de incrédulo gozo en aquella algarabía desenfrenada de emociones.

Todavía a un par de metros de distancia, Thomas espetó:

—Para ser alguien que pinta tantas sombras, está claro que ves las cosas en blanco y negro.

—¿Vas a decirme que estoy equivocado?

—No es lo que piensas.

—*Yo soy* el trabajo.

—Sí. Pero...

Colin se volvió y comenzó a caminar.

Thomas lo alcanzó en dos pasos.

—¿Podrías parar y escuchar un minuto? Sí, eras el objetivo, pero mi trabajo solo era hacer averiguaciones sobre ti, asegurarme de que estabas bien. Lo logré antes de terminar nuestras bebidas ayer por la tarde.

—Mentira. Tu misión era la de acercarte a mí y asegurarte de que me mantuviera a salvo.

—¿Mi misión? —Las cejas de Thomas se dispararon—. Tienes mucha imaginación. Mi misión no era dormir contigo. ¿Qué crees que soy? ¿Qué crees que es tu abuelo? ¡Por Dios!

Por Dios. Si no hubiera estado tan enojado, le habría dado una sonrisa de oreja a oreja. Pero *estaba* enfadado. Enfadado y dolido porque Thomas había violado la confianza que Colin había depositado en él desde que era un niño.

Se esforzó por pronunciar las palabras sin revelar esa ingenuidad vergonzosa.

—Creo que mi abuelo... tiene complejo de Dios. No tengo ni idea de lo que eres tú, y no quiero saberlo. —No se alejó. Ya tendría que haberlo hecho. Pero no estaba tan enfadado y herido como para no darse cuenta de que Thomas había perdido su vuelo para encontrarle y hablar con él.

En cambio, fue Thomas quien se dio media vuelta, mirando al cielo con exasperación.

—Cortaste toda comunicación, Col. Mason estaba preocupado. Eres todo lo que tiene.

—No *corté* toda comunicación. Yo... yo traté de establecer algunos parámetros. Ya sabes cómo es.

—Sé que es un hombre frágil y de edad avanzada que te quiere más que a nada en el mundo. Y sé que está muy preocupado.

Eso hizo que plegara las velas. Colin se preocupaba por su abuelo y era consciente de que ya no era joven.

Dijo, y podía oír la resistencia pugnar con la culpa en su tono de voz:

—Mira, quiero a mi abuelo, pero no me hago ilusiones con él, tal vez tú lo hagas, pero en ese caso no lo conoces bien. Él no pregunta y no escucha. Utiliza el dinero para controlar y manipular. Siempre lo ha hecho y siempre lo hará.

—Lo sé. Me doy cuenta de eso. Lo conozco mejor de lo que piensas. Pero eso no cambia el hecho de que te quiera y se preocupe por ti. No estoy diciendo que debas volver, solo digo que no deberías excluirle por completo.

Eso le pilló totalmente desprevenido.

—¿No estás diciendo que debería volver?

Thomas negó con la cabeza.

—No creo que debas volver hasta que estés preparado. Pero sí es necesario hacerle saber dónde te encuentras.

Colin tragó saliva.

—¿No se lo has dicho?

Thomas dio otra de esas enérgicas sacudidas de cabeza.

—Le dije que te encontré, que había visto dónde vivías, que estabas bien y que me gustaría hablar contigo. Ver si estabas de acuerdo con hacerle saber dónde estabas, pero que no iba a revelar esa información si tú no dabas permiso.

Colin abrió la boca, pero Thomas agregó:

—Y se lo había dicho antes de acceder a buscarte. De ninguna manera —suponiendo que estuvieras bien— iba a estar en medio de vuestra guerra privada.

—No es una guerra.

—Claro que lo es —dijo Thomas de forma relajada—. Es tu guerra por la independencia. Y, lo creas o no, yo estoy a favor de eso.

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste ayer?

Thomas suspiró.

Colin se puso tenso, ante el recuerdo. Demasiados recuerdos.

—Todo lo que pasó entre nosotros fue una mentira.

—No.

—Todas esas preguntas tontas ayer por la tarde. Ya sabías las respuestas: que yo estaba aquí pintando, que había discutido con...

—Eso es todo lo que sabía. Me llevó dos días localizarte.

—Está bien. Así que fue una misión de investigación. Eso no mejora las cosas. —Tal vez si no se sintiera como un tonto...

Thomas le dirigió una larga mirada.

—Tus sentimientos están heridos y tu orgullo está dañado. Lo entiendo. Te pido disculpas. ¿Quieres oír ahora mi versión o solo quieres decirme cómo crees que son las cosas?

¿Para qué? Tal vez los motivos de Thomas hubieran sido puros. Pero no cambiaba el hecho de que no sentía lo mismo que Colin. Que Colin había hecho el ridículo —y que Thomas le había animado a hacerlo—. Dijo en voz baja, con amargura:

—No, no quiero oír tu versión. Ya te lo he dicho. —Se inclinó, recogió su cuaderno de dibujo y la bolsa del almuerzo.

La mano de Thomas se cerró sobre la parte superior de su brazo.

—Vas a escucharla de todos modos. Me debes mucho.

—¿Te debo? —Colin se enderezó, mirándolo—. Bien, esto va a ser bueno. Adelante.

—¿Crees que lo de anoche solo tuvo que ver contigo? ¿Crees que no tenía interés en lo que pasó entre nosotros? ¿Que no tengo sentimientos al respecto? ¡No seas infantil!

El calor inesperado en la cara y la voz de Thomas sorprendió a Colin. Dijo secamente:

—Está bien. Lo siento. ¿Qué querías decir?

—Lo que quería decir era que sí, que vine a buscarte como un favor a Mason, pero ya estaba en este país terminando un trabajo. Eso es lo primero que quiero que entiendas.

Thomas respiró hondo para calmarse y Colin se dio cuenta de que esto le importaba, que las palabras no le salían con facilidad.

—No vine a buscarte. Yo ya estaba aquí y, como ya estaba aquí y tenía un par de días libres, estuve de acuerdo en echarte un vistazo para tranquilizar a tu abuelo. Y porque me preocupaba tu bienestar.

—Sí, te preocupaba tanto que nunca me enviaste ni siquiera una tarjeta postal.

—Colin. —Thomas se pasó una mano por el pelo—. Hay una considerable diferencia de edad entre nosotros. Puede que ahora no signifique mucho, pero te aseguro que lo hacía cuando tenías diecisiete años. O incluso cuando estabas en la universidad. ¿Crees que yo no era consciente de que tenía fácil acceso a tus... afectos? Podría haberte tenido en cualquier momento desde el instante que tú... me tomaste apego. Mantuve la distancia tanto por ti como por mí.

—¿Por ti?

Thomas respondió a la cautela en la voz de Colin con exasperación.

—Sí, por mí. Si no has notado que siento algo por ti, entonces todo lo que puedo decir es que eres el primer artista ciego que he conocido.

Colin no sabía qué responder. Thomas dijo:

—Está bien. Así que la misión concluyó cuando terminamos nuestra primera copa de vino ayer por la tarde.

Colin volvió a pensar en el día anterior.

—Fuiste al interior de la cafetería y llamaste por teléfono a mi abuelo.

—Sí. Y a partir de ese momento estaba en mi tiempo libre.

Colin no sabía qué decir. Todavía estaba desconcertado por ese salto de trampolín emocional. Había estado tan seguro de la traición de Thomas, tan convencido de que había hecho el ridículo la noche anterior —había caído en picado desde la vertiginosa altura de su enamoramiento y la creencia de que era correspondido para aterrizar en el frío hielo de la realidad de las verdaderas intenciones de Thomas—

Thomas agregó:

—Anoche se trataba de ti y de mí, y nadie más.

Colin protestó —y podía oír el infantil tono agraviado en su voz—

—Entonces, ¿por qué no me lo dijiste? ¿Por qué me dejaste pensar que tu encuentro conmigo fue una casualidad?

—Iba a hablar contigo esta mañana. Y lo habría hecho si no te hubieras ido.

Ignoró eso.

—¿Por qué no me lo dijiste anoche, *antes* de que durmiéramos juntos?

—¿Quieres la verdad? Teníamos una noche. No quería pasarla hablando de tu abuelo o el pasado —por no hablar del riesgo de que te asustaras—. Quería... explorar el presente contigo. Ver si había... quizás, un futuro.

Thomas sostuvo su mirada con firmeza hasta que Colin tuvo que apartar la suya. Miraba melancólicamente los arbustos verde grisáceos. ¿Estaba siendo injusto con Thomas? ¿Injusto con ambos, tal vez?

—Yo no sé si eso fue egoísta o no —dijo Thomas, observándole—. Creo que eso es lo que tú querías también.

Si era realista, sí. Había querido que Thomas dejara de verle desde la perspectiva del pasado, que lo viera como un adulto deseable en lugar del niño traumatizado que había sido. La noche anterior había querido fingir —querido que Thomas estuviera conforme con tal pretensión— que se encontraban por primera vez.

Thomas dijo casi con suavidad:

—Este no es un mundo en blanco y negro, Colin.

Volvió a mirar a Thomas que le estaba observando con firmeza, con gravedad.

—Has perdido tu vuelo.

—Esto era más importante.

Colin respiró hondo y exhaló, soltando la ira, el daño, la decepción y el miedo. Intentó esbozar una sonrisa a pesar de que se sentía falto de práctica.

—Así que... ¿hacia dónde vamos desde aquí? —Esperó oír a Thomas decir que no iban a ninguna parte, que siempre serían amigos, pero tenía que darse prisa para coger el próximo vuelo que saliera de París...

Thomas dijo:

—He pasado las últimas dos horas y media buscándote. Empecemos con el desayuno o como lo llamen por aquí.

—*Petit déjeuner.*

—Cierto. Vamos a empezar por ahí. ¿Dónde hay un buen lugar para comer? Algún lugar donde podamos hablar.

—¿Hay todavía mucho que decir?

—Supongo que eso depende de ti.

Colin lo reflexionó. Dijo:

—*Croissants y petit pains* con queso, mermelada, miel y nutella, ¿está bien? ¿Buen café?

—Estoy hambriento —dijo Thomas serenamente—, pero no es tanto la comida como la compañía lo que me interesa.

—Estaba pensando que yo me ocuparé de tu desayuno.

Thomas se relajó una fracción. Sonrió, sus ojos inclinándose con su antigua calidez.

—Oh. De acuerdo.

—Solo tenemos que hacer una parada en el camino.

Thomas levantó las cejas inquisitivamente.

Colin admitió:

—Creo que tal vez sea el momento de comprar un tubo de pintura de color rojo.

SOBRE EL AUTOR:

Una voz distinta en la ficción gay, el multi-galardonado autor JOSH LANYON lleva escribiendo misterio, aventura y romance gay desde hace más de una década. Además de numerosos cuentos, novelas cortas y novelas, Josh es autor de la aclamada serie Adrien English, que incluye *The Hell You Say*, ganador de los premios USABookNews para GLBT Fiction 2006. Josh es ganador del Premio Eppie y tres veces finalista del Premio Literario Lambda.

Encuentra otros títulos de Josh Lanyon en:

www.josh.lanyon.com

Gracias por comprar este libro. Es solo gracias a lectores como usted, que siguen comprando obras de ficción, que los escritores todavía pueden darse el lujo de escribir.

~ Josh Lanyon ~

